

JEROBOAM (2)

UN PECADOR RELIGIOSO

EDDIE CLOER

Texto: 1º Reyes 11.26–39; 12.1–14.20

La historia da testimonio de que a menudo un solo hombre determina el curso de los asuntos de la humanidad, para bien o para mal, para familias, para ciudades y para naciones.¹ «Es injusto», dirá usted, «no se le debería dar tanta influencia a una sola persona. A todo ser humano debería dársele la libertad de determinar su propio destino, sin interferencia de los demás». Usted tiene razón; así fue como Dios nos creó. No obstante, los hombres y las naciones ceden pasiva e inconscientemente a las tendencias, estilos de vida y decisiones que les imponen otros en el poder, sin escudriñar diligentemente la Palabra de Dios y sin tomar sus propias decisiones. En consecuencia, a menudo se convierten en títeres manejados por las cuerdas de sus líderes, por su pasividad. El sendero de la menor resistencia da como resultado ríos torcidos y pueblos desobedientes. Nos entregamos voluntariamente a la esclavitud de los deseos de otros al no hacer uso legítimo del libre albedrío que Dios nos dio.

El pueblo de Israel debió de felicitar al elegir a Jeroboam como rey de ellos. Después de todo, poseía todas las cualidades que un hombre necesitaba para ser un buen rey: talento, carisma, confianza y habilidades naturales de liderazgo. ¡No se podía haber escogido a alguien mejor para el nuevo reino! Con el joven Jeroboam, el futuro de ellos era luminoso y prometedor. Por lo menos, esto es lo que creían.

No se daban cuenta que Jeroboam, el elegido

¹ Adolfo Hitler (1889–1945), un dictador alemán nazi, y José Stalin (1879–1953), un líder de la antigua Unión Soviética, serían ejemplos destacados.

de quien se enorgullecían, los haría andar por un sendero del cual el reino jamás se recuperaría. Jeroboam reinaría durante veintidós años (931 al 910 a. C.),² pero fueron años fatales para Israel.

En lugar del brillante éxito que todo mundo anticipaba que él sería, Jeroboam fue un fracaso hecho y derecho. Lo único por lo que se le recuerda es que condujo a su nación al pecado. En este sentido, fue el héroe del diablo. Fue una contradicción, un oxímoron. Fue un pecador religioso. Por lo general, si alguien es religioso, no se le considera pecador; y si es pecador, no se le considera religioso. Jeroboam, no obstante, era ambas cosas, y esto era lo que hacía su vida tan detestable delante de Dios. Son veinticinco veces que se dice de Jeroboam que él pecó e hizo pecar a Israel. ¡Es un epitafio horrible con el cual describir la vida de alguien!

Para ser más precisos, ¿En qué consistió su pecado? ¿Qué fue exactamente lo que hizo Jeroboam? ¿Por qué fue él un fracaso tan completo?

DEFINICIÓN DEL PECADO

Antes de responder a la pregunta, tal vez sea útil para nosotros dividir el pecado en dos categorías mayores: pecados morales y pecados religiosos. La Biblia no hace tal distinción en pasaje alguno. Solo estamos tratando de hacerla aquí para definir con claridad el pecado del cual fue culpable Jeroboam.

Los pecados morales son aquellos que se consideran malos porque hacen daño a otros o nos hacen daño a nosotros. No son dañinos porque sean prohibidos; *son prohibidos porque son dañinos*. Dios como Padre amoroso que Él es, ha procurado

² Vea 1º Reyes 14.20.

lo que mejor nos conviene al prohibirnos actitudes y acciones que dañan y estropean la mente y la conciencia, el cuerpo y la personalidad. Basta con hacer uso de nuestra limitada razón, para llegar a la conclusión de que todo lo que daña o corrompe a un ser humano, debe considerarse pecado.

Los pecados religiosos son aquellos pecados que se consideran malos porque infringen claros mandamientos de Dios. *Son dañinos porque son prohibidos*; no son prohibidos porque sean dañinos. Dios es soberano, y Él nos dice que Él ha de ser adorado, servido y representado. Puede que no siempre dé las razones fundamentales para Sus mandamientos, pero requiere que los obedezcamos. Por ejemplo, en Levítico 10 dijo a Nadab y Abiú qué clase de fuego debían usar para la adoración en el tabernáculo. Ellos conocían Su ley, pero no la tomaron en cuenta, la menospreciaron y la desearon. No acatar Sus instrucciones les produjo resultados desastrosos.

Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, sobre el cual pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová (Levítico 10.1–2).

Nadab y Abiú no eran culpables de homicidio, ni de robo, ni de chisme, pecados que corrientemente se consideran pecados morales. Sencillamente hicieron caso omiso de Sus mandamientos. No tomaron en cuenta Sus directrices. Rechazaron Sus requerimientos. Cometieron pecado religioso, no pecado moral. «¿Qué tenía de malo usar un fuego diferente del que mandó Dios?», podría decir alguien. «Después de todo, no hizo daño a nadie. Fue una iniciativa inocente, un cambio de ritmo, un nuevo estilo». Las acciones de ellos fueron más allá de las cuestiones de opinión. Cometieron el pecado de rechazar la voluntad de Dios. Fueron desobedientes. Tomaron el lugar de Dios. Con sus acciones dijeron: «Nosotros tomaremos las decisiones sobre cómo adorar a Dios».

La diferencia, entonces, entre un pecado religioso y un pecado moral, es evidente. La razón fundamental de no hacer daño a otros ni a nosotros, es lo que está detrás de la prohibición del pecado moral, mientras que la razón fundamental que está detrás de evitar el pecado religioso es que a Dios debe respetársele y obedecersele.

El grave error de Jeroboam fue religioso, no moral. Él no mató personas inocentes como hizo

Manases (2º Reyes 21.16); no cometió el adulterio de David (2º Samuel 11.1–5); y no incumplió promesas del modo que Saúl hizo (1º Samuel 15.17–22). No obstante, rechazó la ley de Moisés; escribió sus propias leyes religiosas e indujo al pueblo a obedecerlas.

DESCRIPCIÓN DEL PECADO

Poco después de ascender al trono, Jeroboam hizo alarde de la advertencia que se le había hecho y se lanzó precipitadamente en la desobediencia religiosa. Lo primero que hizo, fue instituir nuevos centros de adoración en Bet-el y Dan. Bet-el se encontraba a menos de doce kilómetros de Jerusalén, en la parte sur de Israel, y Dan estaba en el extremo norte de Palestina.

... y dijo al pueblo: Bastante habéis subido a Jerusalén; [...] Y puso uno en Bet-el, y el otro en Dan (12.28–29).

Cuando el reino se dividió, el reino del sur conservó a Jerusalén, el lugar escriturario de adoración. El pueblo de Dios debía ir a Jerusalén a adorar, tres veces al año (Éxodo 23.17). Así, Jeroboam tuvo que hacerse una pregunta: «¿Qué haré con la gente que vaya a Jerusalén a adorar? Si van a Jerusalén a adorar, puede que quieran quedarse. Yo podría perder mi reino». ¿Cómo manejaría él esta situación? ¿Animaría a la gente a ir a Jerusalén, obedeciendo de este modo a Dios, o haría nula la ley de Dios y organizaría un nuevo sistema de adoración que no exigiera a la gente ir a Jerusalén? Era una decisión importante. Toda una nación esperaba su orientación. Para tomar la decisión correcta iban a ser necesarias la integridad, la convicción y la valentía. En completa desobediencia a Dios, Jeroboam estableció nuevos centros de adoración con la excusa de que para ir a Jerusalén a adorar a Dios, había que hacer un largo e inconveniente viaje.

Jeroboam fue aun más allá y estableció nuevos objetos de adoración: becerros de oro.

Y habiendo tenido consejo, hizo el rey dos becerros de oro, y dijo al pueblo: ... he aquí tus dioses, oh Israel, los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto (12.28).

Esta clase de acción era inconcebible para un fiel adorador de Jehová. Jeroboam e Israel debían haber conocido el error de tal táctica, por lo sucedido al pie del monte Sinaí cuando Aarón condujo al pueblo en la fabricación y la adoración de un becerro de oro (Éxodo 32.1–6). Antes que Moisés pudiera bajar del monte Sinaí con los Diez

Mandamientos, Israel ya había infringido varios de estos. Tal vez Jeroboam deseaba que estos becerros fueran símbolos visibles de la adoración a Jehová, y no un sustituto de esta adoración. Aun si esto era lo que él deseaba, la hechura de tales becerros estaba claramente desautorizada y constituía una violación del segundo de los Diez Mandamientos.

Jeroboam no había terminado con sus innovaciones. Tenía ante sí un problema relacionado con el altar. Desde los tiempos de Noé, Abraham y Moisés, estaba arraigada en los israelitas la necesidad de ofrecer sacrificios a Dios. Israel iba a insistir en ofrecer sacrificios a Dios. Si Jeroboam erigía nuevos centros de adoración, pero los equipaba con altares nuevos para los sacrificios, esto no satisfaría a su pueblo en Israel; ellos todavía insistirían en ir a Jerusalén a ofrecer sus sacrificios.

Otra complicación relacionada con su problema era que Dios había especificado a Jerusalén como el lugar de los sacrificios para todo Israel. Establecer nuevos altares sería equivalente a desobedecer directamente a Dios. Jeroboam tenía ante sí un dilema: ¿Debía él establecer nuevos altares y desobedecer a Dios, o debía rehusar el establecimiento de nuevos altares y correr el riesgo de perder a su pueblo a Judá cuando fueran a Jerusalén a hacer sacrificios? ¿Qué hizo? Eligió establecer nuevos altares. Más adelante se ve que sus nuevos centros de adoración están acabados: tienen todo lo que Jerusalén tenía, incluso nuevos altares. «[Subió al] altar que él había hecho en Bet-el...» (12.33). Había ido demasiado lejos con su nueva religión, como para devolverse; estableció nuevos altares sin importarle cuál era la voluntad de Dios. Un pecado había llevado a otro.

En cuarto lugar, Jeroboam estableció una nueva orden de sacerdotes. «Hizo también casas sobre los lugares altos, e hizo sacerdotes de entre el pueblo, que no eran de los hijos de Leví» (12.31). Dios había ordenado que solamente los levitas de la casa de Amram podían officiar como sacerdotes (2° Crónicas 13.10). Jeroboam tendría problemas para obtener sacerdotes verdaderos para servir en los nuevos centros de adoración. ¿Por qué habrían de hacer tal cosa? Si respetaban la Palabra de Dios, no se atreverían a hacerlo, horrorizados por la idea de suscribirse a tan flagrante error (2° Crónicas 13.9). Jeroboam, por lo tanto, estableció su propia clase de sacerdotes, hombres tomados de las once tribus que cumplirían el mandato del rey sin importarles cuán pecaminoso fuera.

En quinto lugar, instituyó una nueva fiesta anual y cambió el calendario religioso.

Sacrificó, pues, sobre el altar que él había hecho en Bet-el, a los quince días del mes octavo, el mes que él había inventado de su propio corazón; e hizo fiesta a los hijos de Israel, y subió al altar para quemar incienso (12.33).

La ley de Moisés apartaba el mes séptimo como una parte importante del año religioso: el primer día era la fiesta de las Trompetas (Levítico 23.23–25), el día décimo era el día de la Expiación (Levítico 23.27), y desde el décimo quinto hasta el vigésimo segundo día era la fiesta de los Tabernáculos (Levítico 23.33–36). Jeroboam sencillamente trasladó hacia adelante el calendario religioso por espacio de un mes, lo trasladó al día décimo quinto del mes octavo. La Biblia dice que este era el mes «que él había inventado de su propio corazón» (12.33).

Como resultado de todas estas alteraciones y cambios de fecha se obtuvo la religión de Jeroboam, no la de Dios. Jeroboam no andaba procurando hacer la voluntad de Dios, sino los pensamientos de su propio corazón. Había fracasado totalmente como líder de la nación. Había de ser un representante de Dios, que guiara al pueblo a hacer la voluntad de Dios, pero se había convertido en un semidiós que estaba guiando al pueblo a hacer su propia voluntad.

Satanás en realidad no trata de destruir totalmente la religión; él procura persuadir a los hombres a que acepten las religiones sustitutas de los hombres a cambio de la religión de Dios. Jeroboam era agradable, en apariencia razonable, y evidentemente práctico. Solo había un problema con lo que estaba haciendo: ¡estaba sustituyendo la voluntad de Dios con la suya!

DENUNCIA DEL PECADO

El pecado de Jeroboam al inventar su propia religión e inducir al pueblo a seguirla, fue claramente denunciado por el Señor. De hecho, el Señor anunció que Su Palabra debía obedecerse, y lo hizo por medio de tres episodios dramáticos que siguieron.

Por la reprensión pública

Jeroboam fue a Bet-el a los quince días del mes octavo para observar el día de fiesta que él había concebido. Desobedeciendo descarada y arrogantemente, subió al nuevo altar para quemar incienso sobre este (12.33). Para sorpresa suya, de la multitud salió un varón de Dios, un tosco profeta de Judá, con una aseveración de juicio en sus labios. Con una solemnidad que hizo callar a los que estaban reunidos y que produjo un silencio sepulcral en los que estaban a cargo, el profeta

dirigió un dedo acusador hacia el altar y anunció la condenación de éste de parte de Dios:

Altar, altar, así ha dicho Jehová: He aquí que a la casa de David nacerá un hijo llamado Josías, el cual sacrificará sobre ti a los sacerdotes de los lugares altos que queman sobre ti incienso, y sobre ti quemarán huesos de hombres (13.2).

El altar de Jeroboam sería el lugar donde los huesos de los falsos profetas que ofrecían sacrificios sobre él, serían quemados un día. Josías fue mencionado por nombre en esta profecía. Por lo tanto, llamamos a esta una «profecía de nombre», esto es, una profecía en la cual se anuncia el nombre concreto de un hombre concreto, en cuyo reinado el altar sería profanado. Esta profecía se cumplió trescientos años después, durante el reinado del buen rey Josías (2º Reyes 23.20). El profeta dio una señal, diciendo: «Esta es la señal de que Jehová ha hablado: he aquí que el altar se quebrará, y la ceniza que sobre él está se derramará» (13.3). La profecía tenía su propio sello de autenticidad. En seguida se daría prueba de ella.

Jeroboam levantó su mano y dijo a los que le rodeaban: «¡Prendedle!». La mano que extendió «se le secó» (13.4), como testimonio de que el profeta era enviado por Dios, de que había hablado la verdad, y de que Jeroboam estaba siendo reprendido por Dios. De inmediato, el altar se partió en pedazos, y las cenizas se derramaron. Golpeado por el poder paralizante del juicio de Dios, Jeroboam rogó que se le sanara la mano. Como muestra de la maravillosa misericordia de Dios, el profeta pidió a Este que restaurara la mano y el brazo del rey. Su petición fue concedida (13.6). Dios siempre ha sido un Dios que da una segunda oportunidad. Jeroboam estaba siendo invitado por las circunstancias a arrepentirse. En un momento de «casi conversión», Jeroboam pidió al profeta que viniera a su palacio a recibir comida y refrigerio. El profeta respondió que no le estaba permitido comer con nadie en la ciudad y que se le había mandado volver a casa por un camino diferente del que usó para venir. He aquí una rara joya: ¡un profeta que declina la invitación a comer con un rey! Sin duda, Jeroboam pensó acerca de su desobediencia, pero sus tendencias hacia una justa resolución debieron de ser efímeras. La reprensión del profeta fue solamente la primera denuncia del pecado religioso de Jeroboam.

Por la muerte del profeta

Otra clase de denuncia se produjo más tarde ese día. El profeta de Judá fue engañado por un

profeta mayor. Infringió el mandato divino que se le dio, comió con el anciano profeta, y fue muerto por un león (13.23–26). (Esto es algo que estudiaremos con mayor detalle en la siguiente lección.) Un error aparentemente pequeño llegó a ser la causa de su muerte. Fue hallado muerto sobre al camino junto a un asno y un león que lo mató. Por su acción se anunciaba una verdad: La Palabra de Dios debe acatarse. Ni siquiera a un profeta se le eximirá de obedecer la voluntad de Dios. Dios pone en términos indiscutibles que Él espera que Sus directrices se lleven a cabo. La muerte del profeta fue una «lección ejemplarizante sobre las consecuencias de la desobediencia», y lo fue para Jeroboam así como para todos los demás. No tenemos indicio de cómo afectó a Jeroboam el hecho de que el profeta fuera muerto.

Por aflicción dolorosa

Una tercera denuncia se produjo. Jeroboam tenía un hijo (14.1–20). Si bien Elí, un hombre justo, tuvo hijos impíos (1º Samuel 2.11–17); Jeroboam, un padre inicuo, tuvo un hijo piadoso. El nombre de este era Abías. Un día este muchacho enfermó gravemente. Jeroboam y su esposa no sabían si viviría o moriría. Estaban enfermos de aflicción. En la desesperación, Jeroboam pidió a su mujer que se disfrazara y fuera a Ahías, un profeta que Jeroboam aborrecía, a preguntarle acerca del destino de su hijo enfermo. Ella se disfrazó y fue al profeta, tomando diez panes, algunas tortas y una vasija de miel. Ahías vivía en Silo y, como era de edad avanzada, estaba ciego. Cuando la mujer de Jeroboam se acercaba, a Ahías se le dijo por revelación quién era la que venía y qué debía decirle. Dijo: «Entra, mujer de Jeroboam. ¿Por qué te finges otra? He aquí yo soy enviado a ti con revelación dura» (14.6). Temblando, ella entró con timidez y se le dijo que el niño moriría tan pronto ella volviera a casa. La muerte del niño no era una expresión de juicio. La expresión de juicio se dio más adelante. Su muerte sería un acto de misericordia:

... porque de los de Jeroboam, sólo él será sepultado, por cuanto se ha hallado en él alguna cosa buena delante de Jehová Dios de Israel, en la casa de Jeroboam (14.13).

John C. Whitcomb escribió:

¡La forma como Dios honraba a este muchacho era permitiéndole morir de una enfermedad y ser sepultado en una tumba! [...] Tan horrible era el juicio que esperaba a la familia real (1º Reyes 14.10–11) que evitarlo por medio

de morir en el lecho, ¡sería una gran bendición!³

A la mujer de Jeroboam también se le dijo que Dios levantaría un rey que destruiría la casa de Jeroboam, y que todos los varones de su casa morirían de modo violento. Esta fue la expresión de juicio de Dios sobre Jeroboam. Ahí terminó su anuncio mencionando la primera profecía relacionada con el cautiverio en Asiria (14.15–16). Jeroboam había iniciado a su pueblo en un curso de pecado, del cual jamás se arrepentirían, así que Dios declaró durante el reinado del primer rey que la nación sería destruida un día por su pecado.

Jehová sacudirá a Israel al modo que la caña se agita en las aguas; y él arrancará a Israel de esta buena tierra que había dado a sus padres, y los esparcirá más allá del Éufrates, por cuanto han hecho sus imágenes de Asera, enojando a Jehová. Y él entregará a Israel por los pecados de Jeroboam, el cual pecó, y ha hecho pecar a Israel (14.15–16).

A la mujer, por causa de su complicidad con Jeroboam en el mal, se le dieron instrucciones precisas relacionadas con el momento de la muerte del niño.

Y tú levántate y vete a tu casa; y al poner tu pie en la ciudad, morirá el niño. Y todo Israel lo endechará, y le enterrarán; porque de los de Jeroboam, sólo él será sepultado, por cuanto se ha hallado en él alguna cosa buena delante de Jehová Dios de Israel, en la casa de Jeroboam. Y Jehová levantará para sí un rey sobre Israel, el cual destruirá la casa de Jeroboam en este día; y lo hará ahora mismo (14.12–14).

¿Se imagina usted qué estaba pasando por la cabeza de esta mujer? Ella sabía que al llegar a su casa su hijo moriría. No hay duda de que trató de idear alguna manera de llegar a casa y salvar la vida de su hijo. No había manera que pudiera encontrarse. Su mente debió de haber estado dando vueltas con pensamientos confusos acerca de lo que podía hacer. Al final, ella se fue deambulando a casa, a hacer frente al inevitable juicio de Dios. Sus juicios son seguros y firmes; nadie puede hacerlos a un lado, ni siquiera una madre. Al llegar a casa, su hijo murió. ¿Cuán más claramente podía haber hablado Dios? Tres veces se había anunciado Su juicio sobre el pecado de Jeroboam. ¿Entendió Jeroboam lo que se le estaba diciendo y se arrepintió? No lo entendió. Siguió en sus caminos pecaminosos.

³ John C. Whitcomb, *A History of Israel* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1971), 362.

Un último mensaje de condenación se nos da en relación con el pecado de Jeroboam: la muerte de Jeroboam. Dios espera que escuchemos Sus advertencias. Al final, nuestra oportunidad de servirle o de arrepentirnos de nuestra desobediencia, pasa. El Espíritu Santo nos lleva tras bastidores y nos muestra lo que sucedió cuando Jeroboam murió: «... *Jehová lo hirió y murió*» (2º Crónicas 13.20b; énfasis nuestro). No fue que sencillamente murió de muerte natural. Su reinado de veintidós años llegó a su fin cuando Dios puso Su mano de juicio sobre él y provocó su muerte. Su reinado terminó del mismo modo que había comenzado: en desobediencia a Dios. Jeroboam nunca se arrepintió. Se pasó su vida induciendo a su pueblo a recibir, creer y vivir el error, no la verdad de Dios.

CONCLUSIÓN

¿Hay aplicación para nosotros en estos eventos? No hay duda de ello. ¡Estas narrativas divinas declaran que «Dios exige obediencia»! ¿Quién podría estudiar a Jeroboam y su enfoque de Dios y de la vida, en el cual buscó solamente su propio favor, y no convencerse de que la desobediencia no paga? Jeroboam hace que uno recuerde las palabras de nuestro Señor que se recogen en Mateo 7.22–23:

Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.

¡La religión no es suficiente! Jeroboam tenía una religión, pero era la religión incorrecta. Si tener una religión fuera suficiente para agradar a Dios, Jeroboam podía haber recibido la aprobación de Dios. Dios no desea que usted tenga *una* religión; Él desea que usted tenga *Su* religión. Esta es la lección que Jeroboam jamás aprendió. Él vivió su vida como rey, siendo un pecador religioso.

Usted dirá: «Me pregunto por qué Jeroboam no se arrepintió. Fue reprendido públicamente por su pecado. El profeta que le advirtió murió debido a que desobedeció a Dios. El hijo de Jeroboam murió. A Jeroboam se le dijo que todos los demás varones de su casa morirían de modo violento por causa de su pecado. Fue reprendido por Abías, el rey del sur, por su pecado antes del conflicto civil que tuvieron (2º Crónicas 13.4–12); y a pesar de todo lo anterior, jamás se arrepintió. Jamás recibió de corazón la reprensión de Dios. Eso es

sorprendente».

Deténgase y piense. ¿Es más sorprendente esto que lo que vemos hoy? Dios ha puntualizado en el Nuevo Testamento cómo hemos de vivir delante de Él y cómo adorarle; a pesar de esto, se han establecido numerosas denominaciones, no encontrándose ninguna de ellas en el Nuevo Testamento. Dios nos dijo que nosotros hemos de venir a Él por la fe (Juan 8.24), el arrepentimiento (Lucas 13.3), la confesión de Jesús (Romanos 10.10) y el bautismo en Cristo (Romanos 6.3); sin embargo, hay Jeroboams modernos que han concebido sus propios planes para venir a Dios. ¿Acaso no nos ha pedido Dios que le adoremos por el estudio de Su Palabra (Hechos 17.11), el cántico (Efesios 5.19), la oración (1^{era} Tesalonicenses 5.17), la participación

de la cena del Señor cada día del Señor (Hechos 20.7; 1^{era} Corintios 11.20–21) y la ofrenda el primer día de la semana según hayamos prosperado (1^{era} Corintios 16.1–2)? No obstante, el hombre ha reestructurado la religión de Dios para adaptarla a sus propios gustos y disgustos.

¿Qué pasó con la obediencia humilde? ¿Aprenderemos la necesidad de la obediencia, o llegaremos a ser los Jeroboams del siglo XXI? ◆

***Lección a ser aprendida:
La religión del hombre es
rechazada por Dios y debe ser
rechazada por los hombres.***

© Copyright 2006 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados